

mente. Sin embargo de esto, estaba el Papa tan ciego con este sobrino disoluto y abandonado al mas infame libertinage, que lejos de reprenderle con el vigor que correspondia, decia que aquellos escesos eran travesuras de gente moza, sin considerar que Prignano pasaba ya de los cuarenta años. Conmovida toda la ciudad de Nápoles con este rapto sacrilego, mandó Carlos de la Paz, en calidad de Rey, que se citase al reo para que compareciese en su presencia; pero no habiendo obedecido éste, pronunció contra él sentencia de pena capital. Se quejó Urbano de semejante procedimiento, y dijo que siendo él el señor y soberano del reino, no se podia condenar á muerte en su presencia á un personage tan condecorado. El Papa y el Rey se convinieron despues: no se egecutó la sentencia: quedó impune el delito, y aun se estipuló que Prignano se casaria con una parienta del Rey, el cual le dió con este motivo la ciudad de Nócera.

28. Entretanto creyó el Papa Urbano que por su propia seguridad debia salir de Nápoles, y se retiró al nuevo estado de su sobrino; pero sus cardenales estaban muy lejos de pensar como él ó de tomar parte en sus intereses. En particular el de Rieti, llamado Pedro Tártaro, abad de Monte-Casino y canciller del Rey Carlos, volvió casi en el mismo instante al lado de este Príncipe, y de acuerdo con algunos de los que quedaban en Nócera, consultó á un jurisconsulto de Plasencia llamado Bartolino, el cual á fin de disponer los ánimos se-

gun sus ideas, propuso la cuestion siguiente: „¿Si en caso de que un Papa fuese incapáz de gobernar la Iglesia, ó que por ser demasiado adicto á sus ideas quisiese hacerlo todo por su propio capricho, y pusiese á la Iglesia en peligro con su mala conducta, seria lícito darle un curador elegido por los cardenales?“ A esta cuestion acompañaban algunas pruebas por la afirmativa, pero sin concluir nada. Urbano supo secretamente esta especie de conjuracion, que le exageraron hasta hacerle creer que se trataba de quitarle la vida: lo que no fue difícil persuadirle á causa de su genio suspicáz y receloso. Hizo prender á seis de sus cardenales, hombres de mucho mérito: los privó de su dignidad y de los demás honores y beneficios: se apoderó de cuanto habia en sus casas, y pronunció la confiscacion de todos sus bienes (1). Para reemplazar á estos infelices á quienes dejaba enteramente arruinados, quiso nombrar otros cardenales, y designó para esta dignidad á los arzobispos de Tréveris, de Colonia y de Maguncia, á los obispos de Lieja y de Breslau, y al presbítero Pedro de Rosenberg, noble bohemo. Todos seis rehusaron este honor, aunque á los cinco prelados se les hizo la oferta de que conservarían por toda su vida la administracion y las rentas de sus iglesias.

29. En vista de esta negativa, es muy verosímil que se resolviese Urbano á dar la púrpura, como la dió algun tiempo despues á ocho italianos que

(1) *Vit. Pap. tom. 1. p. 1232.*

no tuvieron la generosa delicadeza de los alemanes, en medio de que se avergonzaban ellos mismos de su nueva fortuna. Estuvieron ocultos mucho tiempo temiendo ser la mofa del pueblo. Algunas mugeres de conducta sospechosa se decian unas á otras: „pronto hemos de ver cardenal á tu marido (1).” ¡Tal era la idea que se tenia de las costumbres de la nueva recluta del caprichoso Pontífice!

30. Se trató á los seis presos con una crueldad que hubiera escitado la compasion, aun cuando hubiese recaido en los malvados mas detestables. Permanecieron mucho tiempo en un calabozo infecto, donde tenian que sufrir el frio y la desnudéz, el hambre y la sed, y sobre todo los asquerosos insectos que los comian vivos. Se les dió muchas veces el trato de cuerda al estilo de Italia, atándolos fuertemente, tirándolos por el aire y dejándolos caer despues con todo su peso. Desde la primera tortura, los comisionados que fueron á hacer la relacion al Papa, el cual se hallaba á la sazón indispuerto, y no se habia levantado todavía, se mostraron tan compadecidos del estado en que se habia puesto á los acusados, que se estuvieron á los pies de la cama sin poder proferir ni una palabra y llorando amargamente. Pero el Papa les dijo con furor: ¿sois mugeres para llorar de ese modo? Al oír estas palabras se retiraron llenos de espanto. Thierrí de Niem, su secretario, que era uno de ellos, y que publicó una historia de este cisma escrita con mu-

(1) *Th. Niem. cap. 44.*

cha energía y exactitud, se quedó solo, y aunque temblando intercedió por los presos, esponiendo que no se debia hacer mucho caso de unas confesiones arrancadas á fuerza de tormentos (1). Pero cuanto mas hablaba, tanto mas se inflamaba la rabia de Urbano. Centelleaban sus ojos, y salian de su boca las palabras con tal precipitacion, que no se oía mas que el ruido confuso de una voz ronca, sin ningun sonido articulado ni inteligible.

La segunda cuestion de tormento empezó por el cardenal de Langres. Le llevaron con grillos, le quitaron toda la ropa, á escepcion de la camisa y los calzoncillos, y le atormentaron por tres veces con tal crueldad, que movido á compasion Thierrí de Niem le dijo: „¿no veis, padre mio, que van á acabar con vuestra vida? Por Dios que digais alguna cosa y os libreis de las manos de estos tigres. ¡Ay de mí! Yo no sé que decir, respondió el cardenal; y Thierrí dijo á los verdugos: deteneos, que me ha dicho lo que se necesita; pero quiero ponerlo por escrito antes de dar cuenta de ello. El cardenal replicó lanzando un suspiro: El Señor es justo, y tengo bien merecida esta afliccion, porque siendo legado de este reino, y queriendo agradar al Papa, traté sin ningun miramiento á los obispos, á los abades y á las personas de todas clases.” Mientras le atormentaban con la mayor inhumanidad, y tanto que estaban enternecidos los mismos verdugos, el sobrino del Papa, el descarado Bátilo, se

(1) *Th. Niem. cap. 45.*

chanceaba no lejos de la prision: no podia contener su gozo, y se reía á carcajadas.

El dia siguiente pusieron á la tortura al cardenal de Venecia, Luis Dornato, recomendado especialmente por Urbano á la diligencia de Basilio de Lavante, esto es, al principal y al mas riguroso egecutor de su voluntad en aquella causa odiosa: hombre de mala índole, enemigo jurado de los eclesiásticos, egercitado mucho tiempo antes en la crueldad, y pirata de profesion en su juventud, habiendo entrado con las costumbres propias de este estado en la órden de Rodas, en la que hizo el Papa, su protector, que fuese admitido para darle un priorato en Sicilia. Le llamó Urbano, le encargó que diese tormento al infeliz Dornato, y añadió: atormentale hasta que oiga yo sus lamentos. El corsario cumplió perfectamente esta órden bárbara. El cardenal, anciano, enfermo y de complexion sumamente delicada, fue atormentado desde la mañana hasta la hora en que se puso á comer el Pontífice, repitiendo estas palabras á cada golpe de cuerda: *Jesucristo padeció por nosotros, y nos dió egeemplo para que siguiésemos sus huellas* (1). Entretanto se paseaba el Papa por el jardin debajo del torreón donde se daba el tormento, y rezaba el oficio divino en voz alta para advertir continuamente á Basilio que desempeñase bien su comision. Pero la mayor parte de los comisionados no podian sufrir este espectáculo; y dice de sí mismo Thierri de Niem (2):

(1) *I. Petr. cap. 2. v. 21.* (2) *Ibid. cap. 52.*

que no hallándose en estado de resistir mas, fingió un dolor de cabeza, y se retiró á su casa á sepultar allí su dolor y su indignacion.

31. No dejó Urbano de atribuir á Cárlos de la Paz una conjuracion de que era autor su canciller el cardenal de Rieti. Preocupado con esta idea, convocó, para que se reuniesen en el castillo de Nócera, al clero que le acompañaba, y á las personas seglares de la ciudad y de las aldeas inmediatas; y luego que estuvieron juntos hizo cerrar las puertas para que no saliese nadie. Entonces se subió á una torre, y despues de una larga y violenta invectiva, escomulgó, apagando y rompiendo las velas, al cardenal de Rieti, con los seis cardenales presos y todos sus fautores, al Rey Cárlos, á la Reina Margarita su muger, y puso entredicho á la ciudad de Nápoles. Diez dias despues reiteró la escomunion contra el Rey y la Reina. Pero no tardó en verse muy apurado para resistir con todos sus rayos á las tropas sedientas de sangre que Cárlos de Durazzo, digno enemigo de Urbano, destinó contra él, las cuales se apoderaron por asalto de la ciudad de Nócera, la incendiaron y se dirigieron al castillo donde se habia encerrado el Papa. El húngaro feróz hizo publicar á son de trompeta, que cualquiera que procurase ó facilitase la evasion de Urbano, seria castigado como rebelde, y que el que le entregase vivo ó muerto, como no fuese de muerte natural, recibiria al momento diez mil florines de oro. Reducido entonces el Papa al último estre-

mo, prostituyó del modo mas indigno sus anatemas, pues se asomaba á una ventana tres ó cuatro veces al dia con una campanilla y una vela encendida, y desde allí escomulgaba al egército enemigo (1). Al mismo tiempo hizo una constitucion que obligaba á todos los cristianos residentes en los pueblos y ciudades hasta tres jornadas de distancia, á socorrer con sus personas ó con sus bienes, segun las facultades de cada uno, al Papa sitiado, y les aseguraba la misma indulgencia que si pasasen al otro lado del mar á pelear contra los infieles. Tambien declaró que los clérigos que matasen ó mutilasen á alguno de los sitiadores, no incurrian en irregularidad.

32. Pero todos estos recursos hubieran sido vanos, á no haber tenido Urbano auxilios de otra clase y enteramente inesperados. Por una casualidad la mas extraordinaria, debió la libertad y la vida á sus mayores enemigos. Raimundo de Beauce, de la casa de los Ursinos, que habia seguido el partido del Rey Luis de Anjou, y recogido despues de su muerte las reliquias de su egército, las llevó al Papa, atraidas mucho menos del deseo de favorecerle, que de la esperanza de apoderarse de su tesoro, y de incomodar á sus antiguos vencedores. Se abrieron paso por medio de una division del egército napolitano, entraron en la plaza sitiada, sacaron de ella al Papa con su comitiva, y llevándole por unos montes casi inaccesibles, inmediatos á

(1) *Hect. Ping. ap. Rain. ann. 1385. num. 3.*

Salerno, le trasladaron sano y salvo á la llanura que está al otro lado. Pero perdió una parte considerable de las grandes riquezas que llevaba consigo, porque tropezando y cayendo en los montes las acémilas, no tenian tiempo para levantarlas, á causa de que el enemigo los iba siguiendo muy de cerca. Urbano atendió con particular cuidado á que le siguiesen los presos, esto es, los seis cardenales y el obispo de Aquila comprendido en la proscripcion. El obispo, que iba con muy poca comodidad, y además de esto se hallaba sumamente debilitado con el tormento que habia sufrido del mismo modo que los cardenales, no caminaba con tanta prisa como queria el Papa, y recelando el desconfiado Pontifice que se detenia con ánimo de escaparse, montó en cólera y mandó que le tratasen tan cruelmente los soldados que le escoltaban, que quedó allí mismo muerto y sin sepultura.

Aunque se habia librado Urbano del primer peligro, no estaba todavía en una situacion tan segura que no tuviese mucho que temer. Los franceses que acababan de sacarle del poder de los napolitanos, deliberaron cerca de Salerno si le entregarían á Clemente, á quien reconocian por Papa legítimo, y del cual esperaban una gran cantidad de dinero, creyendo por el contrario que Urbano no se hallaba en disposicion de pagar lo que les habia prometido. Pero su general Raimundo los separó de esta idea, y despues de haberles pagado Urbano once mil florines de oro, les aseguró que les da-

ria otros veintiseis mil; mas hallándose enteramente exhausto de dinero, se vió precisado á deshacer su vagilla. Entretanto se embarcó en las galeras que le habian enviado los genoveses, tan ligeros en la eleccion del Papa como en la de sus Soberanos ó protectores; pasó á Sicilia donde estaba reconocido por legitimo Pontífice, y despues de publicar allí las bulas contra Carlos de la Paz, y de proveerse de víveres, de los cuales tenia una necesidad estremada, se trasladó á Génova.

33. Allí fue donde por último se deshizo de los seis cardenales que tenia presos. Habiendo conspirado algunos amigos de estos para ponerlos en libertad, entraron de noche en el palacio del Papa creyendo que se les agregarian allí otros muchos para violentar la prision; pero habiendo despertado los criados del Pontífice al oír el ruido, y corriendo á tomar las armas los que estaban de guardia, se acobardaron los conjurados y huyeron precipitadamente. Pocos dias despues se descubrió una conspiracion mas infame, tramada para envenenar al Papa; y como se hiciesen rigurosas pesquisas, huyeron de la corte de Urbano dos cardenales, á saber, Pilo de Prato, arzobispo de Rávena, y Galiot de Pietramala, y se retiraron á la de Clemente. Al pasar por Pavia Pilo de Prato, quemó su capelo en una plaza pública para insultar al que se le habia dado. Creyendo Clemente que su promocion era nula, volvió á crearlos cardenales con títulos distintos de los que tenian antes. Este incidente

acabó de consumir la ruina de los presos. A escepcion del cardenal de Inglaterra, Adan Eston, que fue puesto en libertad á instancias del Rey Ricardo, todos los demás fueron encerrados con mas estrechez en la misma casa donde habitaba el Papa; y si al acercarse la noche veía éste que iba alguno á una iglesia inmediata al lugar en que estaban presos, no dudaba que su objeto era sacarlos de la cárcel. Sin mas fundamento que unas presunciones tan débiles, hizo que se prendiese y diese tormento á muchas personas de su propia corte. El dux y los principales ciudadanos le suplicaron encarecidamente, pero sin ningun fruto, que pusiese en libertad á aquellos infelices prelados. Deseando por fin salir de Génova despues de haber permanecido en ella como unos tres meses, hizo que les quitasen la vida en una noche del mes de Diciembre del año 1386, pocos dias antes de su marcha (1). Se habló con variedad acerca de la muerte de los cardenales, diciendo unos que los habian arrojado al mar, y otros que habian sido degollados y enterrados en una cuadra.

34. Al salir Urbano de Génova, se propuso volver al reino de Nápoles, olvidando por un efecto de su resentimiento los peligros á que habia estado espuesto en aquel pais. En medio de esta resolucion dictada por el furor, no dejó de tener Urbano alguna vislumbre de esperanza. Luis, llamado el Grande, Rey de Polonia y de Hungría, habia

(1) *Th. Niem. cap. 60.*

muerto en el año 1382, dejando dos hijas, de las cuales la mayor, que se llamaba María, le sucedió en el reino de Hungría, y Heduvigis en el de Polonia; pero como la mayor no estaba todavía en estado de gobernar, por razón de su corta edad, la Reina Isabel su madre se encargó del gobierno del reino, y lo hizo tan mal que los grandes enviaron á Nápoles á ofrecer la corona á Carlos de la Paz, descendiente de la misma casa de Anjou-Sicilia. Aceptó, pasó á Hungría, y fue coronado solemnemente en Alba Real á 31 de Diciembre de 1386.

35. Pero el día 5 de Febrero siguiente fue asesinado en Buda por orden y en presencia de Isabel, la cual se vengó á sí misma y á Urbano con un solo golpe. Su cuerpo, como era de un escomulgado, quedó sin sepultura hasta el Pontificado de Bonifacio IX, el cual siguió el partido de Ladislao, su hijo y sucesor en el reino de Nápoles. La Reina Isabel tuvo también una muerte desgraciada, pues á los tres meses del asesinato de Carlos fue ahogada por disposición del señor de Croacia. La Reina María, á quien tenía presa este potentado, dueño de toda la autoridad desde que se verificó la última revolución, fue puesta en libertad por Sigismundo de Luxemburgo, su futuro esposo. Inmediatamente se casó con este Príncipe, hermano del Emperador Wenceslao, el cual era ya marqués de Brandemburgo y llegó á ser Emperador.

36 y 37. Heduvigis, Reina de Polonia, unió á este reino el gran ducado de Lituania, por su ca-

samiento con Jagellon, que era Soberano de este país (1). Pero hizo á la Religión un servicio mucho mas memorable. Jagellon habia permanecido hasta entonces en el paganismo, con toda la nación de los lituanos, á pesar de las exhortaciones de muchos Príncipes celosos, que dominaban en los estados inmediatos. No resistió sin embargo á las de Heduvigis, antes bien, movido en fuerza de ellas, hizo que le instruyesen, y fue bautizado en Cracovia con el mas religioso aparato por el arzobispo de Gnesna, primado del reino, asistido del ordinario local. Juntamente con él recibieron el bautismo tres hermanos suyos, cierto número de boyares ó señores y muchos nobles. Jagellon, que habia tomado el nombre de Ladislao, hizo que á los cuatro dias le consagrasen y coronasen en presencia de la Reina.

Los lituanos adoraban como perpetuo un fuego que sus sacerdotes hacian que en efecto lo fuese por el cuidado que tenían de darle pábulo de día y de noche, y adoraban también á unas selvas que llamaban sagradas, y á unas serpientes en las cuales creían que gustaban de ocultarse los dioses. El año siguiente al de su bautismo fue Ladislao Jagellon á aquella provincia con la Reina su esposa, y con una comitiva numerosa de señores y de prelados polacos, á fin de establecer el cristianismo en lugar de semejantes supersticiones. Luego que llegó el Rey, convocó una asamblea en Wilna, que

(1) *Duglos. lib. 10. pag. 103. = Cromer. lib. 15. p. 242.*
Tom. XVI. 46